

ANA SIN PARTITURA

*Drifting, dreaming
In an azure mood
Drifting, dreaming
In an azure mood.*
Duke Ellington
Canta Ella Fitzgerald

ANA
CRISTINA
RESTREPO
JIMÉNEZ

Ana María Orduz no improvisa. Ella es una partitura ya escrita, un programa de mano delicadamente diseñado. Es un plan preestablecido... o, por lo menos, eso es lo que ella quiere creer.

Sus tenis hacen juego con el collar de perlas que baja hasta su escote, así como sus jeans desteñidos con el negro brillante del piano Steinway & Sons que está a punto de tocar.

Ana luce un anillo de plata en cada mano, y se despoja de ellos frente al teclado. Sus dedos no son largos pero sí muy delgados. De sus manos finas, pequeñas, ha aprendido a “no tocar duro”, en especial las obras grandes, con mucho *forte*, que fatigan en exceso.

Entramos en un salón del segundo piso del bloque de Música de la Universidad de Antioquia: Ana se prepara en un piano de cola que permanece al lado de otros dos verticales.

Mientras interpreta sin partitura el Pasillo número 2, de Adolfo Mejía, observo por la ventana —“protegida” por una rejilla de gallinero— una acacia toluense y un palo de mango, *la potente Naturaleza de hermosura divina*, a la cual le cantaba Hölderlin... un paisaje mínimo que parece transformarse con el efecto evocador de Ana al piano.

Ana María Orduz Espinal, pianista y profesora de las universidades de Antioquia y Eafit, ha ofrecido recitales en Estados Unidos (California, Memphis, Nueva York), Italia, Chile, Malasia y Colombia.

Cuatro pianos, una historia

Ana estudió en el Instituto Musical Diego Echavarría Misas (IMDEM) de Medellín. Aunque desde niña se sentía atraída por la sonoridad monumental del piano, su primer instrumento fue el violín.

Todo cambió una tarde cuando, al llegar a su casa, encontró una pianola antigua que sus padres le habían comprado a un hermano cristiano, coleccionista de instrumentos e intérprete de órgano en la Catedral Metropolitana.

Esa pianola sería remplazada por un piano de una marca china, ideal para una joven aprendiz.

“En el IMDEM había una presión muy grande para ser bueno en todo —evoca la pianista—, había unas competencias tácitas de quien leyera mejor, quien aprendiera más rápido, pero nunca fueron negativas. Yo era la única pianista de mi grupo”.

A los trece años se enamoró de su profesor, Javier Franco: “Estudiaba como loca para que me diera un besito en la cabeza”. Entonces formalizó su relación con el piano.

A pesar de que en su familia no había intérpretes de instrumentos, siempre hubo sensibilidad musical. El colegio moldeó su gusto con una

marcada inclinación por la música clásica. Ana recuerda que en alguna oportunidad quiso formar un grupo de rock, pero sus profesores no se lo permitieron.

Su tercer piano fue un acústico vertical japonés, en el cual practica esporádicamente.

El cuarto, su piano adorado, es un Steinway B de cola.

El instrumento permanecía guardado en un salón de percusión de la Universidad de Iowa, donde Ana estudió el posgrado. El piano, que había llegado a ese campus en 1970, sufrió daños en una inundación de la cual no fue rescatado a tiempo y sus patas quedaron bajo el agua (el arpa, intacta). Después de un tiempo en una sala especial con control de humedad y con un tratamiento para que la madera volviera a su estado original, la universidad decidió venderlo en una subasta silenciosa. Y Ana se lo ganó.

Antes de participar en la subasta, se había asesorado con el lutier Mario Donadío, quien le prometió “organizar” el instrumento.

“Es un piano absolutamente maravilloso, con una sonoridad excelente, una pulsación increíble. Responde a todo. Me siento muy afortunada, muy pocas personas tienen un instrumento tan bueno”, cuenta la pianista, quien se reserva el precio (solo dice que el instrumento nuevo cuesta USD 80.000. Ella pagó menos de la mitad de ese valor). Cinco personas ofrecieron dinero por ese piano, la segunda mejor oferta fue tan solo cien dólares inferior a la de Ana María, según le reveló el encargado de la subasta.

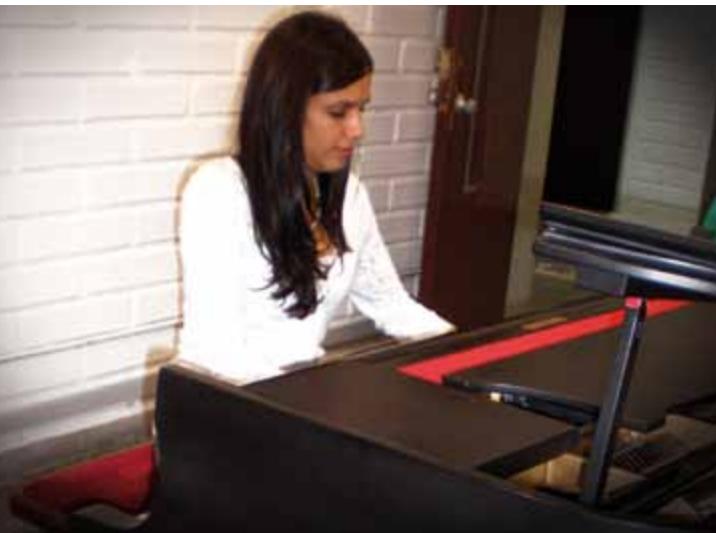
El piano permanece en el área social de su casa, la misma de sus padres.

Ciudad, blues y jazz

Andrés Posada, maestro de Ana María en el colegio y en la Universidad Eafit, recuerda: “Ella era buena estudiante: siempre inquieta, llena de preguntas, interesada por la música, buena para la armonía y el contrapunto”.

El compositor dice que se caracterizaba por ser “divertida, alegre, risueña y llena de vitalidad”. Y aclara que ahora es igual o mejor.

Reconoce en Ana a “una gran pianista y pedagoga; su talento para el instrumento ha sido complementado sabiamente por su particular interés y curiosidad por la teoría musical”.



Siempre he respetado muchísimo al público: hay que mirarlo, agradecerle que esté ahí dispuesto a escuchar, a vivir ese momento.

Mientras cursaba los primeros años del pregrado en Eafit, tuvo la oportunidad de viajar a un curso de verano en Estados Unidos... y se quedó.

Terminó el pregrado en la Universidad de Memphis, en Tennessee, la capital del blues: "A donde uno vaya siempre hay música en vivo y con músicos excelentes. Tiene menos trayectoria clásica, pero tiene una orquesta sinfónica buena".

En ese entorno, Ana María se ganó concursos, ofreció recitales, viajó. Pero jamás se atrevió a interpretar jazz: "Ya tenía un buen nivel en piano clásico: incursionar en jazz me implicaba empezar de cero".

El contacto con el jazz y los blues: tremenda tentación...

A.M.O.: Esas son mis frustraciones: el jazz y la música popular; siempre dije: el próximo año le saco el ratico. Y nunca lo hice. Muchos grandes músicos del jazz vienen de la música clásica o ha habido una fusión. Esa es una de las pocas cosas de las que me da tristeza porque no fue parte de mi formación: reconocer que los otros géneros

tienen mucho que ofrecer, para la experiencia creativa es importante visitar muchas formas de oír, tocar, entender la música. Ha sido difícil hacer el salto, todavía no me rindo: un estudiante me va a enseñar a tocar *tumbao*.

¿Cómo te sientes frente a la posibilidad de improvisar?

A.M.O.: [Carcajadas] ¡Siento pánico! No sé qué viene, no sé qué sigue. En Iowa tenía que dar una clase de piano básico en la que había que hacer un poco de improvisación: yo, como buena profesora, trataba de hacerme la que todo lo sabía y entonces [se ríe otra vez] hice ejercicios y le perdí un poco el miedo. Pero me da susto de que sea muy simple, muy bobo, sin un desarrollo temático interesante.

¿Oyes jazz?

A.M.O.: Sí, pero nunca he sido amante de verdad. Me gusta más el blues. Me gustaban los cantantes *a capella* —tan famosos en el Sur— y su lenguaje, sus ensambles, cómo ellos hacen los instrumentos de percusión y los melódicos.

Pero yo te veo cómoda sin la partitura...

A.M.O.: Me produce nervios estar sin la partitura, definitivamente. Siempre hay una ansiedad: es demasiada información muy específica, y tenerla de memoria no es fácil. Hay pianistas que recuerdan lo que tocaron hace cinco años, no entiendo cómo tienen esa memoria tan específica. Generalmente puedo tocar de memoria mi próximo recital, el que he estado trabajando activamente. La ausencia de partitura siempre va a ser un reto emocional e intelectual para cualquier pianista.

¿Cómo te preparas?

A.M.O.: Antes de un concierto viene un ritmo intensivo, dependiendo del recital: un repertorio difícil de piano solo, que es de memoria, requiere mucho tiempo. Si es ensamble o un concierto de música de cámara en que se puede utilizar la partitura es menos difícil.

Ana María es muy ansiosa. Comienza a estudiar un concierto desde el mismo instante en que la convocan para hacerlo. Graba sus ensayos, lee sobre el compositor, lo que la obra significó

para él, contextualiza la pieza en el momento en que fue escrita, y la traduce en ideas para interpretar, en formas para explorar.

En Iowa llegó a practicar entre 3 y 6 a.m., pues el edificio de Música permanecía abierto.

La pianista hace ejercicios de meditación, aprendidos de su convivencia con otros músicos. Por ejemplo, la proyección, que le permite ubicarse mentalmente en el espacio donde va a tocar. Asimismo, por su formación, consciente de la importancia del factor atlético, ha practicado natación y yoga y ha corrido maratones. (De hecho, el único riesgo que corren sus manos es el de una caída en patinaje, en el patinódromo o la ciclovía).

Antes del concierto, ¿dónde están tu mente y tu alma?

A.M.O.: ¡Estoy cogiendo un taxi! Me encanta la historia de [Vladimir] Horowitz: hace muchos años, antes del concierto, lo pillaron cogiendo un taxi detrás del Carnegie Hall, se iba a volar. Siempre llego a ese momento, pero lo controlo. La partitura me da tranquilidad, respiro profundo, a pesar de la ansiedad logro estar en un lugar mental y emocional cómodo. Si estoy muy ansiosa, trato de recordarme que no es el fin del mundo, que la perfección es mucho más amplia de lo que uno cree, que se trata de comunicar algo.

Interpreto en tu ansiedad una preocupación por el público...

A.M.O.: Trato de ser cercana al público: eso es un problema para la ansiedad, porque a los pianistas a quienes no les importa el público les es más fácil tocar. Siempre he respetado muchísimo al público: hay que mirarlo, agradecerle que esté ahí dispuesto a escuchar, a vivir ese momento. Trato de sonreír como una forma de agradecimiento porque estén ahí y no viendo una telenovela en la casa. Trato de sentirlos cerca, de que estén en la historia que estoy contando. Busco ser muy descriptiva, una pianista con mucha imaginación. Exploro distintos tipos de colores y sonoridades que puedan expresar la atmósfera de un pasaje. Trato de que una persona que oiga de verdad entienda, así no domine el lenguaje musical. Intento tener un discurso claro, como las palabras, como si alguien estuviera contando una historia.

¿Siempre hay una historia?

A.M.O.: Sí. Siempre trato de que haya imágenes, sensaciones, la experiencia temporal que es la música: uno tiene que seguir con ella, no se puede devolver, ni adelantar, ni saltar. Es algo que vivimos juntos, al mismo tiempo: es una de las cosas más bonitas y al mismo tiempo más difíciles de la música. En otras expresiones artísticas, la temporalidad es personal: si miras un cuadro desde distintas perspectivas, en la exploración se descubren cosas con temporalidades distintas. En la música está la cadencia, cómo la viviste, vamos juntos a la siguiente frase, al siguiente movimiento, es una vivencia mutua. Si pierdes a la persona que te está escuchando, es muy difícil que recupere la vivencia. Hay quienes viven la música como una banda sonora, poniéndole imágenes atrás, o puramente sensorial: sienten frío, calor, ansiedad, calma.

En algún momento de tu vida has tocado en lugares donde la gente habla mientras tocas: un bar, una fiesta...

A.M.O.: Sí, es muy horrible, es una pelea interna, tratar de convencer a la gente de que si le da un segundito [a la música], lo podemos hacer juntos. He tocado mucho en partes informales; en Iowa lo hacía en iglesias y en asilos [de ancianos] porque me gusta contar la música en otros espacios. Cuando la música se cuenta en el espacio contemporáneo, muchas veces es muy crítico, es muy difícil conectarse con todo el público. Además, todo lo comercial. Imagino que así era un poco en el pasado, cuando un pianista se volvía una estrella (Liszt, Chopin y todos ellos), hay algo un poquito superficial en el público que va a oír la música. Buscar espacios que no están permeados por esa superficialidad es una experiencia bonita para el artista, pero al mismo tiempo uno encuentra que hay gente menos dispuesta. Si le llego solo a uno, si soy capaz de contarle algo solo a uno: vale la pena.

Si presiono shuffle en tu iPod, ¿qué encuentro?

A.M.O.: ¡No tengo iPod! [Risas]. La única música que oigo es la clásica. En el historial de música que he oído esta semana vas a encontrar mucho Debussy, uno de mis compositores

favoritos, mi gran amor, es el que más disfruto al tocar, enseñar y escuchar, me parece que es fascinante, absolutamente hermoso e interesante. Si uno lo visita y revisita siempre está descubriendo cosas nuevas. Me gusta Prokofiev, otro gran amor. Nunca toqué mucha música latinoamericana, estoy empezando a explorarla con compositores colombianos: Carlos Vieco y Adolfo Mejía, que tiene unos pasillos absolutamente hermosos para piano. De los clásicos, Haydn, Mozart y Beethoven.

Y música más contemporánea, digamos John Cage...

A.M.O.: Me gusta Stravinsky. De John Cage hay cosas que me parecen muy efectistas, me da un poco de dificultad seguir la narrativa cuando es efecto tras efecto. Lo disfruto si estoy con la concentración para hacerlo. Me gusta muchísimo Alfred Schnittke, lo conocí estudiando en una clase de música contemporánea. El minimalismo también me agrada, pero en dosis controladas. Me parece que Philip Glass, por ejemplo, tiene cosas muy interesantes pero lo prefiero orquestal. De la segunda Escuela Vienesa, disfruto enseñando a [Alban] Berg, [Anton] Webern, porque así los conozco de una manera más profunda, son muy densos, necesitan un poco más de conocimiento.

Intérpretes...

A.M.O.: De los que están vivos me gustan muchísimo Martha Argerich, pienso que es uno de los personajes más importantes del piano; András Schiff; [Murray] Perahia, me parece que es un poeta; [Pierre-Laurent] Aimard es genial, especialmente para Debussy y música contemporánea, como [Oliver] Messiaen, me gusta mucho pero no todo. El pianismo de Artur Schnabel me encanta. De los famosísimos, están [Evgeny Igorevich] Kissin, muy sólido, un niño prodigo de los setentas; y [Daniel] Barenboim, muy buen pianista y director.

Es casi imposible hablar de Barenboim sin pensar en los dones. ¿Aquellos del músico “privilegiado” con el oído absoluto será cierto?

A.M.O.: Aquí hay un poco de tabú con respecto a lo del oído absoluto. Lo único que da el oído absoluto es el reconocimiento inmediato



Fotografía: Klein

INSTRUMENTOS CON HISTORIA

La Universidad de Antioquia ha sido poco rigurosa en el registro de la historia de sus instrumentos; el inventario solo incluye un número de identificación y la persona a cargo. El propósito actual es que cada piano de cola del Alma Máter cuente con una placa que cuente su historia.

Ana María Orduz respondió parte de esta entrevista en un piano Steinway & Sons de los años sesenta (cotizado en 70 mil dólares en el mercado americano). Entre el rector y la decanatura aportaron los fondos para que el lutier Mario Donadío lo rescatara: “Quedó como uno de los mejores pianos de la ciudad”, asegura la pianista.

La universidad tiene varios pianos en sus diversos escenarios. “No se trata solo de tenerlos sino de mantenerlos”, concluye Orduz.

del timbre que se está oyendo. Eso puede ser una ventaja o una desventaja en ciertos contextos, pero no garantiza que el desarrollo del nivel del músico sea superior. Yo tenía una compañera griega que me decía que todos los griegos tienen oído absoluto; ella investigó y es algo genético. Es una habilidad que ayuda a la memoria, al reconocimiento estructural de una obra.

Para mí esto es una cosa (pongo mi mano sobre el piano), pero para ti debe ser algo distinto.

A.M.O.: Es un objeto fascinante con posibilidades infinitas en cuanto a la sonoridad, lo artístico, lo emocional.

¿Qué es imperdonable en un pianista?

A.M.O.: Que toque mucho y no diga nada.

En la academia formas músicos. ¿Es posible formar audiencias?

A.M.O.: Soy la directora artística de una serie de conciertos en el Pequeño Teatro, para formar audiencias en un espacio distinto al de la universidad. Formar audiencias no es fácil, especialmente en la música clásica. Pero no es imposible. La estrategia que estoy utilizando es poner a tocar mucho a los estudiantes y que inviten a toda la familia: si uno permea a los jóvenes se vive la música de una manera más cercana. Sí me preocupa, pero tengo esperanzas. La música clásica es tan fascinante que la mayoría de la gente que no la disfruta es porque no la entiende. Es muy difícil competir con la música popular contemporánea, que es muy simple; las personas tienen estándares auditivos muy distintos: para pasar de un reggaetón a Ravel, es un camino muy largo. La música clásica no ha sido de masas, ¡aunque Lang Lang llenó el estadio de China!

En lo pedagógico, ¿qué queda de tus maestros?

A.M.O.: Es una pregunta muy compleja. Lo más importante en la música, más que las universidades, son las personas que lo han tocado a uno en su trayectoria. Por ejemplo, Cecilia Espinosa ha sido una figura muy importante para mí, una

inspiración de alguna manera; recuerdo muchos de sus regaños: “¡Póngase las pilas!, ¡Usted para dónde va!”. Más que ideas pedagógicas específicas, que obviamente tengo muchas, son los personajes quienes me dejan más que el conocimiento de la música como tal: cómo enseñarla, cómo abarcárla, qué no hacer. ¿Figuras importantes? Cecilia Espinosa y Andrés Posada, en Eafit; mi amor por la teoría comenzó en Memphis. Una profesora muy importante que me ha ayudado muchísimo a ser mejor pianista y profesora es Paulina Zamora. Todavía somos muy cercanas, estuve viajando por muchos años a California para estudiar con ella, después de que se fue de Eafit. La forma en que yo enseño está muy influenciada por su figura. La persona con quien fui a estudiar en Iowa, René Lecuona, también influenció mi modo de enseñar.

Ya a punto de verla partir para clase, noto un brillo singular en los ojos de la pianista. No es una alusión poética: es el reflejo desordenado de los haces de luz exterior sobre sus lentes de contacto (para el astigmatismo y la miopía). Detesta las gafas que le impiden ver la totalidad del plano en el cual se desplaza.

Con la voz ronca —sensual huella de un resfriado pasajero—, Ana se niega a la prueba máxima: cantar. “Tengo la voz de mi mamá, un timbre de tarro”. Solo lo hace en privado, después de haber participado en coros durante muchos años: “Estaba ahí para afinar a las contraltos”.

Mientras recuerdo las palabras de Ana, vuelvo a un escrito de Walter Benjamin: “Hoy en día, nadie debe empecinarse en aquello que ‘sabe hacer’. En la improvisación reside la fuerza. Todos los golpes decisivos habrán de asentarse como sin querer”.

Ana María Orduz no es la partitura inmutable, ni el modelo clásico, sujeto al canon, que cree ser. Que dice ser.

♪ No. Tal vez, no lo es. ♪ U

Ana Cristina Restrepo Jiménez (Colombia)
Periodista independiente y profesora de la Universidad Eafit.